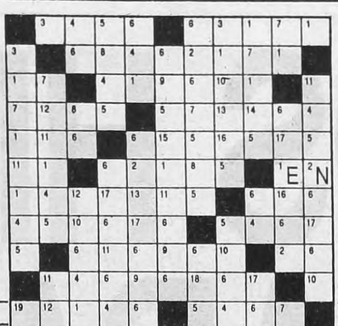
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MARTES



LOS HIJOS DE ARABAT

Página/2/3



Verano/12

LA BIBLIOTECA

(Por Francisco Naishtat)

Faltan seis minutos para la hora del cierre. Maldito número del diablo. Ella permanece absorbida en su escritura; y yo espiándola, esperando un encuentro que no va a ocurrir, adivinando que no va a ocurrir. Hace tres horas que observo de reojo cómo sus dedos finos aprietan el plástico de la birome, tres horas que gozo con la proximidad de su brazo desnudo, con la leve transpiración de su piel lisa y sepulcralmente blanca; tres horas que acecho cada movimiento, cada mueca, cada crujido de papel, cada página vuelta de su impasible escritura. De a ratos alza la cabeza y pierde la mirada en la oscuridad del salón; yo podría enfrentarla, trabar nuestros ojos, pero me escurro cobardemente en la fatalidad que nos bifurca, porque nunca sabré su nombre. ¿Nunca sabré su nombre? ¿Y si se produjera una infinitésima excepción a la ley que nos condena? Tengo que abordarla. Me quedan tres minutos. Cierro con fuerza los ojos. Siento el martilleo de cada segundo. Una imagen absurda pasa por mi cabeza: en el momento de hablarle mi voz se descontrola y me veo gritándole, como si mi deseo reprimido aflorase en un interminable aullido. Pero ya cierran. Un chasquido insoportable de sillas y de voces aplasta mi grito. Alguien ha vociferado que una mujer se ha estampado un balazo en la sien. Aún no me doy cuenta de que soy yo.

LOS HIJOS DE ARABAT

Por Anatoly Rybakov

Lipman, el dentista, examinó la boca de Stalin y declaró que la encía estaba cicatrizando bien y que iba a poder comenzar a preparar la nueva placa en dos días.

—¿Podría ser mañana? —preguntó Stalin.

—Es posible —contestó Lipman sonriente—, pero sería mejor esperar hasta pasado mañana.

—Si usted lo cree así...—dijo Stalin con el semblante sombrío— ¿Cómo va su trabajo?

—El trabajo sólo puede empezar tras de que hayamos hecho el molde.

—Me refiero a su libro —explicó Stalin, irritado.

—Disculpe, no había comprendido... Gracias, me encuentro trabajando en eso.

Stalin se levantó.

—Hasta luego.

Lipman se presenta a la hora fijada y comenzó a hacer el molde de cera. A Stalin no le gustó ese proceder y sintió, cuando el dentista retiró la cera de su boca, que le estaban arrancando los dientes que aún le quedaban. Tampoco le gustaba sentir los fragmentos de la cera en la boca.

—Parece que todo está bien —dijo Lipman finalmente—. Se trata de un molde muy bueno, pero no sé si hubiera sido mejor hacer una sencilla placa, al final, Iossif Vissariónovitch.

Stalin pegó en el brazo del sillón con el puño.

—¡Ya le he dicho en buen ruso que quiero una placa de oro!

—Está bien, está bien, seguramente —balbuceó Lipman apresuradamente—. Haremos como usted quiera. Estará lista mañana por la mañana.

Stalin contempló callado en tanto que Lipman reunía sus instrumentos con las manos temblorosas. ¡El cabeza de chorlito estaba asustado!

De pronto, Lipman dejó de ordenar sus cosas y dijo tímidamente:

—Iossif Vissariónovitch, necesito elegir el color de sus dientes. ¿No le importa sentarse de nuevo por un momento, por favor?

Stalin echó la cabeza hacia atrás contra el respaldo y abrió la boca. Lipman probó algunas muestras. Su expresión era preocupada, incluso atemorizada y parecía estarse tardando demasiado. Stalin estaba aburrido, allí sentado con la boca abierta durante tanto tiempo.

—¿Ya va a terminar?

—Ya, ya —dijo Lipman, mientras probaba un modelo tras otro. Por último, se decidió y dijo:

—Puede levantarse. Voy a intentar tenerlo listo todo para mañana en la mañana.

Tenía una expresión preocupada cuando cerró el estuche.

A la mañana siguiente, Stalin pidió que le trajeran al dentista.

—El todavía no terminó, camarada Stalin —declaró Tovstukha (el secretario de Stalin)—. Dijo que sólo estaría lista hasta mañana.

El rostro de Stalin se ensombreció.

—Tráigalo aquí.

Lipman apareció poco después, lívido.

—Usted me prometió la placa para hoy. ¿Por qué no cumplió su palabra? —preguntó Stalin.

—No fue posible, Iossif Vissariónovitch.

—¿Qué es lo que se lo impide? —Stalin clavó en el dentista una mirada que hubiera amedrentado a cualquiera.

Lipman estiró las manos, desanimado.

—Dígame la verdad —dijo Stalin.

—Bueno —empezó tímidamente Lipman—, ninguno de los dientes que traje conmigo encaja exactamente con los suyos.

—¿Por qué no trajo los dientes adecuados?

—Traje todos los que había, incluso los mismos que usamos antes.

—¿Y...?

—Los dientes cambian de color, principalmente cuando se fuma. Los dientes que traje se parecen mucho a los suyos, son muy semejantes, de hecho, pero existe una ligera diferencia de tonalidad.

—¿Se nota mucho? —preguntó Stalin.

—No, no demasiado, pero un especialista podría notarlo.

—¿Y qué importa lo que piensen los especialistas?

—No quiero que digan que hice un mal trabajo —replicó Lipman.

Stalin dejó escapar una risa afectada.

—¿Es decir, entonces, que a causa de su vanidad profesional, debo de andar por ahí sin dientes? ¿Cuánto tiempo más va a llevar eso?

—Pedí que telefonearan a Moscú y me enviaran los dientes, di los números del catálogo.

Stalin examinó a Lipman atentamente.

—Pero si usted acaba de decir que había traído todos los que tenía en Moscú.

—Ellos me los van a conseguir...

—¿De dónde?

Lipman murmuró, sin levantar los ojos:

—De Berlín.

—¿Berlín?

—Los compré de un catálogo alemán.

—¿Por qué no me lo dijo inmediatamente?

Lipman permaneció callado.

—¿Le prohibieron que me contara? —Stalin sonrió nuevamente con ironía.

—¿Fue Tovstukha?

Lipman afirmó casi imperceptiblemente con la cabeza.

—Métase esto en su cabeza —dijo Stalin reprobadoramente—. Usted *le puede* contar al camarada Stalin lo que quiera, y *no debe* ocultarle nada al camarada Stalin. Y algo más: *es imposible* ocultarle nada al camarada Stalin. *Tarde o temprano él va a descubrir la verdad.*

El retraso de la prótesis era naturalmente odioso, pero después de todo resultó bien. El hecho de que hubieran obligado al dentista a mentir era lo que lo irritaba. Nadie en su círculo de relaciones tenía derecho de pronunciar ni una mentira. Una mentirilla siempre lleva a otra más grande. Cada persona, desde los miembros del Politburó hasta los cocineros de su cocina debían saber que tenían que decirle la verdad al camarada Stalin, toda la verdad y nada más que la verdad.

Despidió al dentista y llamó a Tovstukha.

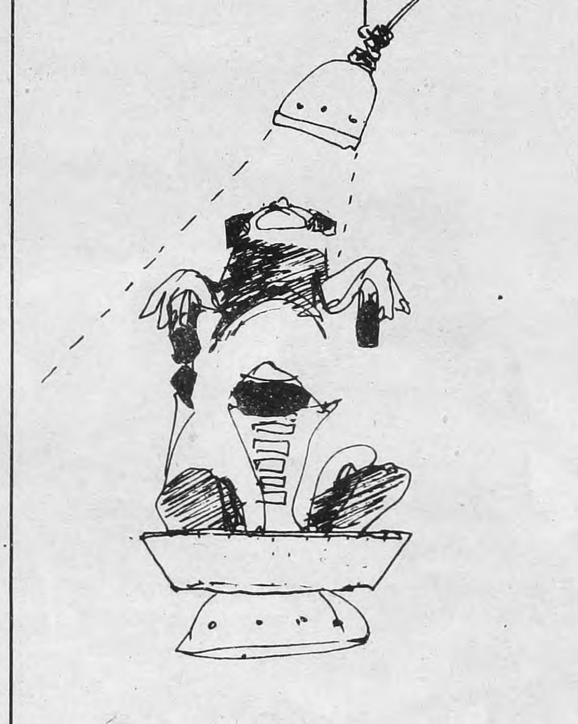
—¿Por qué hizo que el dentista me decepcionara?

La respuesta fue sorprendente:

—Tuve miedo de que usted prohibiera la adquisición del material en Berlín.

Tovstukha era un hombre comprobadamente fiel. A pesar de todo, no debía intentar salvarse a través de una mentira.

—Usted hizo todo ayer sin mi consentimiento —dijo Stalin—. Es demasiado tarde para cambiar nada, ahora. ¿Pero por qué





LOS HIJOS DE ARABAT

La novela "Los hijos de Arabat" está llamada a ser una de las obras más importantes de la crítica al stalinismo. Este fragmento, que apareció originalmente en la revista "Leia", fue traducido por Francisco Cervantes.

Por Anatoly Rybakov

Lipman, el dentista, examinó la boca de Stalin y declaró que la encía estaba cicatrizando bien y que iba a poder comenzar a preparar la nueva placa en dos días.

—¿Podría ser mañana? —preguntó Stalin.

—Es posible —contestó Lipman sonriente—, pero sería mejor esperar hasta pasado mañana.

—Si usted lo cree así...—dijo Stalin con el semblante sombrío— ¿Cómo va su trabajo?

—El trabajo sólo puede empezar tras de que hayamos hecho el molde.

—Me refiero a su libro —explicó Stalin, irritado.

—Disculpe, no había comprendido... Gracias, me encuentro trabajando en eso.

Stalin se levantó.

—Hasta luego.

Lipman se presenta a la hora fijada y comenzó a hacer el molde de cera. A Stalin no le gustó ese proceder y sintió, cuando el dentista retiró la cera de su boca, que le estaban arrancando los dientes que aún le quedaban. Tampoco le gustaba sentir los fragmentos de la cera en la boca.

—Parece que todo está bien —dijo Lipman finalmente—. Se trata de un molde muy bueno, pero no sé si hubiera sido mejor hacer una sencilla placa, al final, Ióssif Vissariónóvitch.

Stalin pegó en el brazo del sillón con el puño.

—¡Ya le he dicho en buen ruso que quiero una placa de oro!

—Está bien, está bien, seguramente —balbuceó Lipman apresuradamente—. Haremos como usted quiera. Estará lista mañana por la mañana.

Stalin contempló callado en tanto que Lipman reunía sus instrumentos con las manos temblorosas. ¡El cabeza de chorlito estaba asustado!

De pronto, Lipman dejó de ordenar sus cosas y dijo tímidamente:

—IósSif Vissarionóvitch, necesito elegir el color de sus dientes. ¿No le importa sentarse de nuevo por un momento, por favor?

Stalin echó la cabeza hacia atrás contra el respaldo y abrió la boca. Lipman probó algunas muestras. Su expresión era preocupada, incluso atemorizada y parecía estarse tardando demasiado. Stalin estaba aburrido, allí sentado con la boca abierta durante tanto tiempo.

—¿Ya va a terminar?

—Ya, ya —dijo Lipman, mientras probaba un modelo tras otro. Por último, se decidió y dijo:

—Puede levantarse. Voy a intentar tenerlo listo todo para mañana en la manaña.

Tenía una expresión preocupada cuando cerró el estuche.

A la mañana siguiente, Stalin pidió que le trajeran al dentista.

—El todavía no terminó, camarada Stalin —declaró Tovstukha (el secretario de Stalin)—. Dijo que sólo estaría lista hasta mañana.

El rostro de Stalin se ensombreció.

—Tráigalo aquí.

Lipman apareció poco después, lívido.

—Usted me prometió la placa para hoy. ¿Por qué no cumplió su palabra? —preguntó Stalin.

—No fue posible, IósSif Vissarionóvitch.

—¿Qué es lo que se lo impide? —Stalin clavó en el dentista una mirada que hubiera amedrentado a cualquiera.

Lipman estiró las manos, desanimado.

—Dígame la verdad —dijo Stalin.

—Bueno —empezó tímidamente Lipman—, ninguno de los dientes que traje conmigo encaja exactamente con los suyos.

—¿Por qué no trajo los dientes adecuados?

—Traje todos los que había, incluso los mismos que usamos antes.

—¿Y...?

—Los dientes cambian de color, principalmente cuando se fuma. Los dientes que traje se parecen mucho a los suyos, son muy semejantes, de hecho, pero existe una ligera diferencia de tonalidad.

—¿Se nota mucho? —preguntó Stalin.

—No, no demasiado, pero un especialista podría notarlo.

—¿Y qué importa lo que piensen los especialistas?

—No quiero que digan que hice un mal trabajo —replicó Lipman.

Stalin dejó escapar una risa afectada.

—¿Es decir, entonces, que a causa de su vanidad profesional, debo de andar por ahí sin dientes? ¿Cuánto tiempo más va a llevar eso?

—Pedí que telefonearan a Moscú y me enviaran los dientes, di los números del catálogo.

Stalin examinó a Lipman atentamente.

—Pero si usted acaba de decir que había traído todos los que tenía en Moscú.

—Ellos me los van a conseguir...

—¿De dónde?

Lipman murmuró, sin levantar los ojos:

—De Berlín.

—¿Berlín?

—Los compré de un catálogo alemán.

—¿Por qué no me lo dijo inmediatamente?

Lipman permaneció callado.

—¿Le prohibieron que me contara? —Stalin sonrió nuevamente con ironía.

—¿Fue Tovstukha?

Lipman afirmó casi imperceptiblemente con la cabeza.

—Métase esto en su cabeza —dijo Stalin reprobadoramente—. Usted *le puede* contar al camarada Stalin lo que quiera, y *no debe* ocultarle nada al camarada Stalin. Y algo más: *es imposible* ocultarle nada al camarada Stalin. *Tarde o temprano él va a descubrir la verdad.*

El retraso de la prótesis era naturalmente odioso, pero después de todo resultó bien. El hecho de que hubieran obligado al dentista a mentir era lo que lo irritaba. Nadie en su círculo de relaciones tenía derecho de pronunciar ni una mentira. Una mentirilla siempre lleva a otra más grande. Cada persona, desde los miembros del Politburó hasta los cocineros de su cocina debían saber que tenían que decirle la verdad al camarada Stalin, toda la verdad y nada más que la verdad.

Despidió al dentista y llamó a Tovstukha.

—¿Por qué hizo que el dentista me decepcionara?

La respuesta fue sorprendente:

—Tuve miedo de que usted prohibiera la adquisición del material en Berlín.

Tovstukha era un hombre comprobadamente fiel. A pesar de todo, no debía intentar salvarse a través de una mentira.

—Usted hizo todo ayer sin mi consentimiento —dijo Stalin—. Es demasiado tarde para cambiar nada, ahora. ¿Pero por qué obligó al dentista a decirme una mentira?

—Me dio miedo que él le contara todo y usted se lo prohibiera.

Stalin dio primero un paso atrás y luego otro al frente. Haber encargado los dientes a Berlín era lo de menos. En cambio la mentira debía ser extirpada en su cuna.

Stalin acercó su rostro completamente al de Tovstukha y lo encaró. Tovstukha se sonrojó y dio un paso atrás.

—No quiero estar rodeado de mentirosos e impostores. Necesito confiar *totalmente* en las personas a mi alrededor. Ninguna debe mentir ni siquiera en los más banales asuntos, ni siquiera deben atreverse a pensarlo.

Tovstukha sintió que Stalin acababa de pronunciar la última palabra en un tono ligeramente conciliador.

—Discúlpeme, actué sin pensar.

Pero Tovstukha había juzgado mal y Stalin lo midió nuevamente con una mirada amenazante.

—Castigaré con severidad la más pequeña mentira. Y seré particularmente severo con aquellos que obligan a funcionarios a mentir. Espero que me haya comprendido.

—Sí, camarada Stalin. No volverá a suceder.

Al día siguiente, después de la comida, Tovstukha le informó que el dentista tenía todo listo.

—Hágalo entrar —ordenó Stalin.

Lipman apareció sonriendo, como pidiendo disculpas.

Stalin se sentó en el sillón y reclinó la cabeza en el respaldo. Lipman metió la prótesis en un vaso de agua, después le sacudió el agua y cuidadosamente la colocó en la boca de Stalin. Era una prótesis de oro.

—Parece excelente —dijo Stalin.

Cuando ya se iba, Lipman le pidió a Stalin que se quitara la prótesis hasta la siguiente mañana y que lo llamara si le molestaba. No hubo necesidad y Stalin se encontraba muy satisfecho. Cuando Lipman se presentó dos días después, Stalin le dijo:

—Es una prótesis muy cómoda. No aprieta en ninguna parte ni me molesta. Hasta me parece que ya la estoy usando desde hace tiempo.

Lipman, a pesar de todo, le pidió que se sentara. Le retiró la prótesis, examinó la encía y volvió a colocar el aparato.

—Sí —afirmó—, ¡quedó muy bien.

—¿No es verdad? Y usted que no quería que fuera de oro.

Lipman permaneció callado y, tras de algunas dudas, dijo:

—Camarada Stalin, ya que se encuentra satisfecho con mi trabajo, me gustaría solicitarle un pequeño favor.

—¿De qué se trata? —preguntó Stalin sombriamente. No le gustaba que le pidieran nada tan directamente. Había un procedimiento adecuado para cada cosa; tenía funcionarios que sabían cómo conducir las cuestiones y sabían cuáles eran las peticiones que se podían hacer y cuáles no se podían.

Lipman extrajo un paquete de su maletín y lo desenvolvió, enseñándole una placa de plástico.

—Me gustaría solicitarle, camarada Stalin, que use esta placa sólo por un día. Vea cuál de las dos es más cómoda y elija la que prefiera.

Stalin levantó las cejas sorprendido. Le había dicho claramente que prefería la de oro, había hasta golpeado en el brazo del sillón con el puño, y el corazón del dentista casi se había parado del susto. Y allí estaba de nuevo, insistiendo en hacer lo que quería. Bien, sólo Dios sabe, tal vez debería probarla.

—Está bien —estuvo de acuerdo con cierta reticencia.

Lipman cambió las prótesis. El ajuste, como antes, fue rápido. Todo parecía estar bien.

—Por favor, mándeme decir mañana cuál prefiere —dijo Lipman—. Le dejaremos la que sea más cómoda.

Al día siguiente, antes de la comida, Stalin mandó llamar a Lipman.

—Haciéndome una autocrítica, debo admitir que usted tenía razón. Esta placa es mucho más cómoda. Pero se puede romper, por eso es mejor que me haga otra, de repuesto.

Lipman esbozó una amplia sonrisa.

—¡Haré hasta diez, si usted lo desea!

—¿Comió ya?

—Sí, claro.

—Bien, no importa, coma algo más conmigo.

Llevó a Lipman a una sala al lado, donde había vinos y bocadillos sobre la mesa.

—No tengo vodka ni coñac. No los bebo ni le aconsejo a nadie beberlos. Pero el vino es diferente. ¿Usted qué prefiere?

—No soy un gran conocedor de vinos —dijo Lipman, embarazado.

—Eso está mal. La gente debería de saber de vinos. Dos o tres vasos de vino hacen que uno se sienta mejor y no nublan la mente —dijo Stalin.

Sirvió un poco de vino en dos copitas, casi del tamaño de dos copas de licor.

—Esperemos que la prótesis me dure suficiente tiempo. Coma algo.

Lipman tomó un sandwich de paté.

—¿Le gustaría descansar un poco más en Sotchi? —le preguntó Stalin.

—Aquí es maravilloso, pero necesito volver a mi trabajo en Moscú. Esto es, si no va a necesitar más de mí, naturalmente. Me están esperando mis pacientes. Ya inicié el tratamiento de alguno de ellos, removí un puente y saqué dientes y ellos están sentados con la boca abierta, esperando mi regreso. ¿Cómo puedo dejarlos así?

—Tiene razón —estuvo de acuerdo Stalin. ¿Cuándo quiere tomar el avión de regreso?

—Lo más pronto posible. Mañana sería perfecto.

Stalin abrió la puerta hacia su oficina y llamó a Tovstukha.

—Consiga un pasaje de avión para mañana a Moscú y todo lo que mi dentista necesite —señaló las botellas—, un poco de este vino, por ejemplo.

Salió rápidamente y regresó después cargando un gran tronco con racimos de uva.

—¿Podrá llevarse esto? Si no puede, alguien le ayudará —se volvió a Tovstukha—: Vea que alguien lo espere en Moscú y lo lleve a casa. ¡Hasta luego, doctor!, ¡que le vaya bien!

Después de que salió el dentista, Stalin se reunió con Serguei Kirov y otros altos funcionarios del partido. Les contó que Lipman había insistido en que usara las placas de plástico.

—La de él era mejor, y se lo admití. En otras palabras, él tenía razón al insistir en su propia solución. ¿Por qué lo hizo? Simplemente podía haber hecho lo que yo quería. Pero no, insistió en su opinión, y no receló en hacerlo. En otras palabras, es un verdadero trabajador, con un elevado orgullo profesional, de la clase que necesitamos inculcar en el pueblo.

—Su dentista es un hombre muy simpático —sonrió Kirov.

Stalin se detuvo.

—¿También lo atendió de los dientes?

—No, yo lo vi en la playa.

Stalin continuó caminando de un lado al otro callado y luego dijo:

—Es decir que, entonces, decididamente no se aburre nada.

Kirov captó la familiar nota de envidia y sospecha en la voz de Stalin.

—La playa estaba vacía. Nadie estaba nadando, a no ser el dentista y yo. Lo vi dos veces. Me produjo buena impresión.

—Sí, él era muy comunicativo —agregó Stalin con indiferencia.

Aquella misma noche, mientras firmaba sus papeles, Stalin le dijo a Tovstukha:

—Sustituya al dentista con cualquier otro.



Viñuela 88

La novela "Los hijos de Arabat" está llamada a ser una de las obras más importantes de la crítica al stalinismo. Este fragmento, que apareció originalmente en la revista "Leia", fue traducido por Francisco Cervantes.

obligó al dentista a decirme una mentira?

—Me dio miedo que él le contara todo y usted se lo prohibiera.

Stalin dio primero un paso atrás y luego otro al frente. Haber encargado los dientes a Berlín era lo de menos. En cambio la mentira debía ser extirpada en su cuna.

Stalin acercó su rostro completamente al de Tovstukha y lo encaró. Tovstukha se sonrojó y dio un paso atrás.

—No quiero estar rodeado de mentirosos e impostores. Necesito confiar *totalmente* en las personas a mi alrededor. Ninguna debe mentir ni siquiera en los más banales asuntos, ni siquiera deben atreverse a pensarlo.

Tovstukha sintió que Stalin acababa de pronunciar la última palabra en un tono ligeramente conciliador.

—Discúlpeme, actué sin pensar.

Pero Tovstukha había juzgado mal y Stalin lo midió nuevamente con una mirada amenazante.

—Castigaré con severidad la más pequeña mentira. Y seré particularmente severo con aquellos que obligan a funcionarios a mentir. Espero que me haya comprendido.

—Sí, camarada Stalin. No volverá a suceder.

Al día siguiente, después de la comida, Tovstukha le informó que el dentista tenía todo listo.

—Hágalo entrar —ordenó Stalin.

Lipman apareció sonriendo, como pidiendo disculpas.

Stalin se sentó en el sillón y reclinó la cabeza en el respaldo. Lipman metió la prótesis en un vaso de agua, después le sacudió el agua y cuidadosamente la colocó en la boca de Stalin. Era una prótesis de oro.

—Parece excelente —dijo Stalin.

Cuando ya se iba, Lipman le pidió a Stalin que se quitara la prótesis hasta la siguiente mañana y que lo llamara si le molestaba. No hubo necesidad y Stalin se encontraba muy satisfecho. Cuando Lipman se presentó dos días después, Stalin le dijo:

—Es una prótesis muy cómoda. No aprieta en ninguna parte ni me molesta. Hasta me parece que ya la estoy usando desde hace tiempo.

Lipman, a pesar de todo, le pidió que se sentara. Le retiró la prótesis, examinó la encía y volvió a colocar el aparato.

—Sí —afirmó—, ¡quedó muy bien.

—¿No es verdad? Y usted que no quería que fuera de oro.

Lipman permaneció callado y, tras de algunas dudas, dijo:

—Camarada Stalin, ya que se encuentra satisfecho con mi trabajo, me gustaría solicitarle un pequeño favor.

—¿De qué se trata? —preguntó Stalin sombríamente. No le gustaba que le pidieran nada tan directamente. Había un procedimiento adecuado para cada cosa; tenía funcionarios que sabían cómo conducir las cuestiones y sabían cuáles eran las peticiones que se podían hacer y cuáles no se podían.

Lipman extrajo un paquete de su maletín y lo desenvolvió, enseñándole una placa de plástico.

—Me gustaría solicitarle, camarada Stalin, que use esta placa sólo por un día. Vea cuál de las dos es más cómoda y elija la que prefiera.

Stalin levantó las cejas sorprendido. Le había dicho claramente que prefería la de oro, había hasta golpeado en el brazo del sillón con el puño, y el corazón del dentista casi se había parado del susto. Y allí estaba de nuevo, insistiendo en hacer lo que quería. Bien, sólo Dios sabe, tal vez debería probarla.

—Está bien —estuvo de acuerdo con cierta reticencia.

Lipman cambió las prótesis. El ajuste, como antes, fue rápido. Todo parecía estar bien.

—Por favor, mándeme decir mañana cuál prefiere —dijo Lipman—. Le dejaremos la que sea más cómoda.

Al día siguiente, antes de la comida, Stalin mandó llamar a Lipman.



—Haciéndome una autocrítica, debo admitir que usted tenía razón. Esta placa es mucho más cómoda. Pero se puede romper, por eso es mejor que me haga otra, de repuesto.

Lipman esbozó una amplia sonrisa.

—¡Haré hasta diez, si usted lo desea!

—¿Comió ya?

—Sí, claro.

—Bien, no importa, coma algo más conmigo.

Llevó a Lipman a una sala al lado, donde había vinos y bocadillos sobre la mesa.

—No tengo vodka ni coñac. No los bebo ni le aconsejo a nadie beberlos. Pero el vino es diferente. ¿Usted qué prefiere?

—No soy un gran conocedor de vinos —dijo Lipman, embarazado.

—Eso está mal. La gente debería de saber de vinos. Dos o tres vasos de vino hacen que uno se sienta mejor y no nublan la mente —dijo Stalin.

Sirvió un poco de vino en dos copitas, casi del tamaño de dos copas de licor.

—Esperemos que la prótesis me dure suficiente tiempo. Coma algo.

Lipman tomó un sandwich de paté.

—¿Le gustaría descansar un poco más en Sotchi? —le preguntó Stalin.

—Aquí es maravilloso, pero necesito volver a mi trabajo en Moscú. Esto es, si no va a necesitar más de mí, naturalmente. Me están esperando mis pacientes. Ya inicié el tratamiento de alguno de ellos, removí un puente y saqué dientes y ellos están sentados con la boca abierta, esperando mi regreso. ¿Cómo puedo dejarlos así?

—Tiene razón —estuvo de acuerdo Stalin. ¿Cuándo quiere tomar el avión de regreso?

—Lo más pronto posible. Mañana sería perfecto.

Stalin abrió la puerta hacia su oficina y llamó a Tovstukha.

—Consiga un pasaje de avión para mañana a Moscú y todo lo que mi dentista necesite —señaló las botellas—, un poco de este vino, por ejemplo.

Salió rápidamente y regresó después cargando un gran tronco con racimos de uva.

—¿Podrá llevarse esto? Si no puede, alguien le ayudará —se volvió a Tovstukha—: Vea que alguien lo espere en Moscú y lo lleve a casa. ¡Hasta luego, doctor!, ¡que le vaya bien!

Después de que salió el dentista, Stalin se reunió con Serguei Kirov y otros altos funcionarios del partido. Les contó que Lipman había insistido en que usara las placas de plástico.

—La de él era mejor, y se lo admití. En otras palabras, él tenía razón al insistir en su propia solución. ¿Por qué lo hizo? Simplemente podía haber hecho lo que yo quería. Pero no, insistió en su opinión, y no receló en hacerlo. En otras palabras, es un verdadero trabajador, con un elevado orgullo profesional, de la clase que necesitamos inculcar en el pueblo.

—Su dentista es un hombre muy simpático —sonrió Kirov.

Stalin se detuvo.

—¿También lo atendió de los dientes?

—No, yo lo vi en la playa.

Stalin continuó caminando de un lado al otro callado y luego dijo:

—Es decir que, entonces, decididamente no se aburre nada.

Kirov captó la familiar nota de envidia y sospecha en la voz de Stalin.

—La playa estaba vacía. Nadie estaba nadando, a no ser el dentista y yo. Lo vi dos veces. Me produjo buena impresión.

—Sí, él era muy comunicativo —agregó Stalin con indiferencia.

Aquella misma noche, mientras firmaba sus papeles, Stalin le dijo a Tovstukha:

—Sustituya al dentista con cualquier otro.

MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

10. Un muerto que resucita

El enmascarado rió de modo desagradable mientras revolvía con la punta del zapato derecho las desgarradas ropas de la niña caídas sobre el piso, y luego se acercó lentamente al tembloroso cuerpecillo indefenso.

Ya los ayudantes de Carmody Trailler, capitaneados por Angus McCoy a quien secundaba John Adams, provistos de distintos disfraces y excusas se dedicaban a rodear la manzana de la casa de los secuestradores, presumiendo no sin razón que esa casa podía estar conectada interiormente con varias otras; y procuraban entrar en cuanto edificio podían, con el pretexto de revisar el teléfono, las cañerías de agua o de gas, o cosas similares. Eran doce en total, y estaban perfectamente adiestrados en las técnicas de Carmody Trailler y ardientemente animados por el propósito de rescatar a la indefensa niña de las manos de tan tenebrosos criminales.

Carmody Trailler, mientras tanto, se hallaba muy lejos del lugar de estas operaciones, desviado más y más por las aglomeraciones de tránsito ciudadanas: finalmente se encontró en un lugar casi desértico, en la periferia de la ciudad, y su coche, que ahora podía correr a las fantásticas velocidades a que acostumbraba Carmody, de pronto se quedó sin nafta. Luchando para no dejarse vencer por la desesperación, Carmody retiró del portaequipajes un bidón de plástico amarillo y echó a andar, a paso vivo, hacia una estación de servicio que un cartel anunciaba como situada a un par de kilómetros de allí.

Muchos días más tarde, por la época en que el gobierno norteamericano preparaba su revancha contra los chinos por la mutilación de su embajador, una tarde, en el cementerio central, dos mujeres de luto que por sus edades podrían ser madre e hija, depositaban un ramito de flores blancas, un tanto marchitas ya, ante la cruz metálica que señalaba una de las tumbas, probablemente la de un fallecido jefe de familia, y se arrodillaban ambas ante la cruz en actitud de oración, cuando percibieron unos curiosos e inesperados movimientos en la tierra de una tumba vecina. Fastidiadas, tal vez, por esa interrupción en su sagrado derecho a rendir homenaje a la memoria de un ser querido, primero la madre, más próxima a la tumba vecina, y luego la hija, torcieron ligeramente el cuello para observar con más detenimiento, y mirada crítica, qué estaba sucediendo. Cuando notaron que la tierra se abría y vieron una blanca y huesuda mano asomando entre los terrones, prorrumpieron ambas en frenéticos alaridos y se levantaron prestamente y echaron a correr despavoridas, llamando con sus gritos la atención de otros visitantes dispersos en el amplio cementerio, los que fueron aproximándose al lugar. Así, unas docenas de incrédulos ojos pudieron contemplar cómo surgía de la tierra una figura espectral, envuelta en los girones de un sudario. Era Smithe Andrews, el ex jefe de policía, pero este hecho fue establecido más tarde; en el momento, todos los presentes huyeron también, despavoridos, y sólo uno de ellos tuvo la suficiente presencia de ánimo como para dirigirse a un teléfono público y comunicar el hecho extraordinario a las autoridades competentes. Andrews, exhausto por los días de encierro y privaciones y por el trabajo interminable realizado con el pequeño taladro, dio un par de pasos vacilantes y cayó exánime junto a su tumba de removida tierra.

Minutos más tarde llegaba una ambulancia seguida de un coche patrullero. El ex jefe fue colocado en una camilla y transportado a la ambulancia, en cuyo interior fue atendido por el mismo médico que le había suministrado la inyección traicionera que le sumiera en el estado de catalepsia; pero esta vez estaba presente también una enfermera que, en realidad, formaba parte del núcleo de policías femeninas adicto a Andrews; y había sido esta noble mujer la figura misteriosa que colocara el pequeño taladro en el ataúd.

(Próximo episodio: "Más incidentes internacionales")



JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Ya viene el bus

Deduzca los horarios de los primeros y últimos servicios de las cinco líneas de autobuses, y el chofer que trabaja en cada una de ellas.

1. La línea que conduce Ricardo (que no es la 157) tiene como último servicio el de la 1.00.
2. La que tiene el primer servicio a las 4.00, tiene el último a la 0.00.
3. La línea en que conduce Esteban comienza el recorrido más temprano que la de Roberto. Ninguna de las dos tiene como último servicio el de la 0.30.
4. Oscar conduce en la 167, pero esta línea no tiene el primer servicio a las 3.30.
5. La 177 no tiene como primer servicio el de las 3.00 ni el de las 3.30.
6. La 137 tiene el último servicio a la 0.15.
7. La línea donde conduce Roberto no comienza su recorrido a las 4.00.
8. Una de las líneas tiene una duración de servicio de 20.30 hs., otra de 21 hs. y otra de 21.30 hs.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		PRIMER SERV.					ULT. SERVICIO					CHOFER				
		3:00 hs.	3:15 hs.	3:30 hs.	3:45 hs.	4:00 hs.	0:00 hs.	0:15 hs.	0:30 hs.	0:45 hs.	1:00 hs.	Esteban	Oscar	Pedro	Ricardo	Roberto
LINEA	137															
	147															
	157															
	167															
	177															
CHOFER	Esteban															
	Oscar															
	Pedro															
	Ricardo															
	Roberto															
ULT. SERVICIO	0:00 hs.															
	0:15 hs.															
	0:30 hs.															
	0:45 hs.															
	1:00 hs.															

LINEA	PRIMER SERVICIO	ULTIMO SERVICIO	CHOFER

SOPA DE TABERNA

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

AGUA
BANDEJAS
BARRA
BOTELLAS
CAMAREROS
CLIENTES
COPAS
CUBIERTOS
ESTANTERIAS
JARRAS
LAMPARAS
LICORES
MOSTRADOR
PLATOS
REFRESCOS
REGISTRADORA
SERVILLETAS
TABURETES

R	D	I	N	C	O	P	A	S	O	A	G	U	A
S	E	R	V	I	L	L	E	T	A	S	S	A	U
O	I	G	L	S	O	R	E	R	A	M	A	C	R
T	M	O	I	E	N	O	I	J	A	G	E	L	Z
A	A	D	C	S	J	D	S	O	H	C	N	I	P
L	R	U	O	T	T	A	B	U	R	E	T	E	S
P	E	E	R	A	D	R	A	E	N	M	L	N	A
E	F	L	E	N	O	T	A	J	A	A	D	T	L
J	R	A	S	T	N	S	I	D	M	A	M	E	L
A	E	U	T	E	T	O	P	P	O	R	I	S	E
R	S	L	A	R	J	M	A	N	A	R	R	E	T
R	C	U	B	I	E	R	T	O	S	A	A	C	O
A	O	O	L	A	A	O	B	E	R	B	N	A	B
S	S	O	B	S	A	J	E	D	N	A	B	R	D

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO

Jorge, 10, blanca, 2°
Juan, 29, celeste, 1°
Mario, 41, roja, 4°
Pablo, 17, amarilla, 5°
Pedro, 67, azul, 3°

SOPA REPARADORA

A	C	S	A	C	T	O	R	N	I	L	L	O	M
N	L	P	L	R	U	T	D	L	M	A	F	G	A
Z	A	I	O	S	Q	C	T	E	O	L	D	S	T
E	V	G	C	O	R	C	H	O	D	A	P	S	A
L	O	N	U	A	T	P	S	I	E	R	R	A	C
L	S	T	R	I	T	A	T	E	L	U	R	R	A
I	U	Q	I	B	R	E	B	F	A	L	S	E	N
N	O	S	F	A	T	E	S	O	D	A	A	J	T
R	E	G	L	A	P	E	U	N	O	O	C	I	O
O	L	L	I	T	R	A	M	Q	R	S	R	T	S
T	A	B	L	A	S	I	N	T	O	R	E	I	F
S	C	O	T	R	O	Q	U	E	L	R	U	F	A
E	S	C	A	R	P	I	A	S	S	T	T	O	S
D	E	S	T	O	R	N	I	L	L	A	D	O	R